

por completo a Murillo, mientras que las mas grandes obras de Rafael, parecen haber sido tomadas de las esferas celestiales; solo pongo por ejemplo, la Madona de San Sixto del museo de Dresde, y la vision de Ezequiel del Palacio Pitti.

Contentísimos subimos a un coche guarnecido de rojo, como los de los cardenales, para hacernos llevar a las arenas de *las Corridas*: es un vasto edificio de forma circular, situado en una plaza descubierta. En la entrada daba la guardia un piquete de hulanes.

Queríamos entrar por la puerta de en medio, pero nuestros billetes nos hicieron tomar la puerta lateral. Subimos una primera escalera que remata en un estrecho pasadizo: allí tuvimos que franquear aún algunos escalones, y de repente nos hallamos en las galerías, en el interior de un circo inmenso é imponente.

Nos condujeron a un banco de piedra al cual se habia agregado, en honor nuestro, un respaldo de madera. Este banco se encontraba entre dos columnas cerca de una balaustrada de fierro. Forzoso fué acomodarse allí como pudimos entre el fierro y la piedra. De ordinario me horripila el sentarme en un espacio tan reducido en medio de una numerosa reunion; pero, ¡qué sacrificios no se harían para gozar del espectáculo que nos esperaba! Me instalé, pues, lo mejor posible; me puse a observar por menor la disposicion de la plaza; teníamos delante el vasto recinto vacío todavía debajo y detrás de las galerías.

El edificio, cuyo plan es bastante semejante al de las arenas antiguas, solo tiene una mitad construida de piedra. Todo lo demas es de madera. El techado, soportado por ligeros arcos, abriga a los espectadores de los rayos del sol, a lo ménos de un lado. En medio de la parte de piedra se levanta el palco real, adornado con una corona y descansando sobre una gran puerta abovedada.

Enfrente, del otro lado del Circo, está el palco del *Empresario de la corrida*, también sobre una ancha puerta. El recinto interior en donde se libra el combate es ovalado; una barrera de planchas, bastante elevada, pone al público al abrigo de los peligros de la corrida. En diferentes puntos de esta barrera hay practicadas aberturas disimuladas detrás de ligeros burladeros de madera sobre los que están pintados los emblemas de la corrida; son refugios para los combatientes.

Una indecible angustia se apoderó de mí al pasear mis miradas por aquel vasto recinto y pensar en lo que seguia. ¿Tendré ánimo para contemplar el juego sangriento que se prepara? Me veo tentado un momento de alejarme del Circo, un impulso secreto parece querer lanzarme de mi lugar; pero las galerías se llenan mas y mas; y el atractivo de este espectáculo triunfa de la turbacion que me agita.

Vestidos de fiesta de todos colores llenan los palcos y las galerías; diríase que es aquello una exposicion de flores colocadas sobre gradas. Distingúense por su agitacion los hombres, bien formados, cubiertos con el sombrero redondo, vestidos de chaquetas bordadas y fajas rojas en la cintura; es aquello un movimiento perpétuo, una batahola que aturde; la multitud grita, au-lla, silba, atruena, ¡y esto no es mas que el preludio de lo que vamos a oír durante la corrida! Acompaña a este tumulto el chis chas de millares de abanicos; las ricas usan abanicos de laca de China, iluminados con los mas vivos colores; las pobres y el sexo fuerte, que no hace de ordinario uso de este instrumento de la coquetería femenina, se procuran fresco con abanicos de junco y de papel comprados en el dia y decorados con viñetas y versos de actualidad.

Un pueblo entero de mujeres de cabellera de ébano y ojos centellantes cubre las gradas de piedra; cubre sus hombros la mantilla tradicional; es un murmullo general de cuchicheos y alegres conversaciones. ¡Aquellos labios de rosa hablan acaso de placer ó de baile? ¡Aquellos ojos llenos de fuego se ocupan acaso de pasar revista a los danzantes que entran en un salon? Nada de esto. ¡Las hijas de Sevilla solo se interesan por la lucha sangrienta que va a empezar!

Algunos oficiales de rico uniforme entraban por la puerta situada tras de nosotros, y con ellos una de las mas graciosas y bellas criaturas que se me hayan aparecido bajo el cielo español. Llegó a sentarse cerca de nosotros, de manera que pude contemplar cómodamente el juego de su fisonomía y el menor de sus movimientos. Por lo pronto, no me pareció ocuparse de otra cosa que de chancearse y reir con uno de sus adoradores; pero me propuse no perderla de vista cuando la sangre corriese.

Los clamores de la muchedumbre aumentaban con su impaciencia: los abanicos y los sombreros se agitaban mas y mas. Dominaban el tumulto general las voces agudas de los vendedores de refrescos. ¿Os imagináis acaso que los lindos lábios de las andaluzas no toman mas que sorbetes, y que sus dientes de perla consienten apenas en pulverizar bizcochos? Léjos de esto. Así como los españoles son salvajes en sus placeres, así son primitivos en la satisfacción que dan a su paladar: agua pura, simples buñuelos, hé aquí todo su regalo: estos últimos tienen un nombre característico, *viento de España* (spanischer wind), cuya etimología no necesita comentarios.

Al fin habíase llenado el vasto recinto. El sol inundaba con sus rayos una parte del edificio, no sin duda para mayor placer de los que recibían sus abrasadores besos. El cielo, de un azul oscuro y profundo, extendía su inmensa bóveda sobre aquella escena abigarrada. La muchedumbre mas y mas turbulenta, golpeaba con furor sobre las planchas de madera, y ejercía el derecho que se ha arrogado con los siglos de dirigir el espectáculo con sus gritos. Todos sentían que el gran momento se acercaba, y yo mismo, presa de una exaltación inexplicable, participaba de la impaciencia del público. A poco sonó una trompeta: la puerta del gran palco que teníamos enfrente abrióse de par en par, la batahola se hizo universal como las olas del mar enfurecido: todas las miradas se dirigen á un hombre que se presenta en la arena montado en hermoso caballo andaluz.

Nuestro *sirviente de plaza* italiano nos dá a conocer a este personaje y las particularidades de la escena que empieza: es el empresario de las corridas que viene a recibir de manos del alcalde, sentado en el palco principal, la llave que sirve de señal al principio de la fiesta: de ordinario quien la arroja es el Duque de Montpensier en persona; pero el príncipe estaba ausente hoy. El empresario detuvo su caballo en medio de un hurra inmenso. Los españoles, como en general los meridionales, se apoderan con avidez de las mas ligeras ocasiones que se les presentan para sobreexcitarse y dar libre curso a la expresión de sus sentimientos. Esta ceremonia de la llave se ha convertido para la multitud en objeto de las manifestaciones mas ruidosas de su aprobación ó reprobación.

¿Recibe el empresario la llave en su sombrero? descárganse furibundos aplausos: ¿la deja caer a la arena? llueven risas y silbidos. El empresario saludó; del balcón fué lanzada una llave ricamente encintada; pero por desgracia cayó en la arena, y los silbos y las risas estallaron por todos lados.

Oyese nuevo toque de trompetas; recorre a la asistencia un estremecimiento de entusiasmo. Entran solemnemente y con paso firme y ligero las *espadas* con sus cuadrillas, los *picadores* y los *banderilleros* vestidos ricamente a la usanza española. Siguenlos hermosas mulas soberbiamente enjaezadas, con cascabeles y copetes, destinadas para llevarse los animales muertos en el combate. Era la vieja España la que se adelantaba a nuestra vista, con sus antiguos usos, su magnificencia en el vestir y su andar imponente.

Llenos de confianza en su valor y seguros de la victoria, los combatientes entran con arrogancia en el vasto circo. Aclamaciones entusiastas los saludan por todas partes, y millares de miradas se fijan en ellos. ¡Qué comitiva tan fastuosa y tan admirable! No era ciertamente el miserable móvil de nuestra época, la plata, el que los impulsaba, no: la confianza en su propia fuerza era la que daba a aquellos hombres su dignidad. ¡Qué riqueza en los trajes de las espadas y de sus cuadrillas! ¡Qué bien hacen resaltar la elegancia de sus formas! Sus primorosas chaquetillas de seda están cubiertas de bordados de oro y plata, de lentejuelas, de franjas y de adornos de toda clase, especialmente en las espaldas, en las que la tela desaparece bajo un hacinamiento de arabescos: sus cuellos, libres y despejados, no tienen ni el embarazo de la corbata. Sus nobles facciones están contorneadas por abundante cabellera echada hácia atrás, terminando en una bolsita adornada con una borla negra. Inclínase sobre la oreja una gorrieta de terciopelo (*montera*), y ancha faja de color ciñe sus cinturas: el calzon corto, bordado también de oro y plata, es del mismo género que la chaqueta: ajusta la flexible pierna una fuerte média de seda color de rosa ó blanco; y, por último, llevan capa tejida de lana y seda graciosamente echada al hombro.

Los picadores ó combatientes a caballo tienen de comun con los otros la rica chaquetilla, la faja y el peinado; pero en lugar de la montera, llevan sombrero gris, de anchas alas, de copa baja, y coro-

nado con una enorme mota, sombrero tantas veces reproducido por la pintura, que los cabellos recogidos por detras mantienen horizontalmente en la cabeza del jinete; las piernas de éste están protegidas de las cornadas del toro por grandes botas bajo sus pantalones de cuero amarillo. Los picadores están armados de lanzas que terminan en punta de una ó dos pulgadas de largo: este fierro no puede herir peligrosamente al enemigo; pero basta para irritarlo y contenerlo. La silla es muy alta por delante y por detras; los estribos de madera forman anchos zuecos como los estribos turcos. Un largo acicate de hierro, agudo como un puñal, arma el talon del jinete: para dirigir caballos medio muertos las mas veces, no bastaria el acicate ordinario. Aquellos caballos son pobres bestias asmáticas y enflaquecidas, lo que fácilmente se comprende pensando en la triste suerte que se les reserva.

Despues de hacer su entrada en la arena, en medio de los aplausos de la muchedumbre, dividiéronse los fieros combatientes, y cambiaron sus capas por otras mas a propósito para el combate. Los tiros de mulas desaparecieron por una puerta lateral; callóse la música, y un toque de corneta dado enfrente del palco principal anunció el gran momento.

Ábrense las puertas de par en par, la agitacion redobra, y la impaciencia es indescribible. El toro, el negro hijo de la torada, se lanza a la arena en poderosos saltos acogido por inmenso hurra de entusiasmo universal. Ya está herido en la nuca, ya lleva el primer dardo lleno de cintas. Súbitamente se detiene como petrificado. Con mirada feroz contempla largo tiempo las mil y mil formas humanas; mide majestuosamente el espacio de combate y de muerte. Los nobles combatientes, los *chulos*, lo rodean haciendo flotar a sus ojos los pliegues de sus capas. Párte sobre ellos a ojos cerrados; pero esquivan el choque con rápido y gracioso movimiento. Vuelven a flotar las capas, y vuélvese a lanzar sobre sus agresores: creese que ya va á alcanzarlos en su carrera desesperada, que va a hundirles los cuernos en el flanco; pero ellos con ligereza increíble y gracia maravillosa, saltan la barrera del circo, ó se refugian detrás de los pequeños abrigos de madera.

El arte consiste ahora en dirigir el furor del animal, de modo que se arroje furioso sobre los picadores que lo esperan a caballo.

Vacila por un instante; y luego, de súbito, pártse sobre ellos rabioso: espérase algo espantoso; pero los piquetes de las garrochas, hábilmente lanzadas sobre el lomo, lo hacen rebotar. El toro está herido; corre la sangre; la lucha empieza verdaderamente. Mi agitacion, mi inquietud cesan, y una sensacion extraña, un poderoso atractivo las reemplaza. Cada movimiento del toro es acogido por las exclamaciones y los silbos de la multitud. Contemplaba a mi derredor a las bellas hijas de España: gran calma reinaba en sus semblantes; la vista de aquellas sangrientas heridas no las hacia estremecerse. Por segunda vez veíase el furioso animal rodeado de la tropa de agresores que lo excitan agitando sus capas: los persigue con rabia; pero cuando el peligro es inminente, arrojan las capas a los piés del animal: éste las pisotea, las hace trizas, y deja a los hombres tiempo para esquivarse; ó bien es un chulo el que se lanza de un brinco cerca del animal, haciendo revolotear delante de él su capa, y atrayéndolo en otra direccion.

Los picadores esperan de nuevo al toro que se precipita y recibe una garrochada; pero esta vez, en lugar de huir, hunde sus cuernos aguzados en el vientre de un caballo. La pobre bestia recibe una herida mortal. El picador cae: el interés de la lucha crece mas y mas. Miéntas que el hombre se levanta y se lanza de nuevo sobre su ensangrentada montura, el toro hunde sus cuernos con rabia sublime en el vientre de otro caballo. Las pobres bestias deben cargar a sus jinetes miéntas que puedan tenerse en pié. Ya les salen las entrañas y las arrastran por la arena: uno de ellos flaquea y se arrastra agotado, moribundo; pero una nueva cornada lo levanta y lo arroja sobre la arena, hasta que al fin, con aplausos frenéticos de la multitud, cae tendido a los piés de su enemigo.

El drama, mas y mas conmovedor, triunfaba de todas mis angustias. El toro ha dado varios golpes mortales; pero, a Dios gracias, ningun picador ha sido herido. Oyese nuevo toque de cornetas, que anuncia la llegada de los banderilleros: son estos, hombres de una habilidad maravillosa, que deben plantar en los cerviguillos del toro, largas flechas que terminan en lengüetas de hierro, y están cubiertas de recortes de papel: estas flechas se llaman *banderillas*, y están destinadas para reavivar el furor del animal dán-

dole el grado de exasperacion necesaria para que se presente bien a la espada del matador. Deben ponerse dos banderillas a la vez, y esta operacion no deja de ser bastante peligrosa. Los picadores se alejan. ¡Con qué limpieza y ligereza los nuevos combatientes plantan sus flechas en la carne del toro! Va a alcanzarlos; mas una conversion rápida y graciosa los pone instantáneamente en seguro. El animal está furioso, y se agita en todas direcciones; mientras mas se defiende y se voltea, mas lo irritan las banderillas, golpeándole la cabeza.

Ha recibido ya seis u ocho. Las trompetas tocan de nuevo. Lucas Blanco, el hermoso matador, se adelanta en medio de las aclamaciones entusiastas del pueblo. Dirígese al palco principal, saluda a las autoridades, y les pide permiso para dar al toro el golpe mortal. Ya el famoso paño escarlata, la *muletilla*, flota sobre su brazo; ya tiene en la mano la hoja acerada. Por tres veces, y para anunciar la sentencia fatal que va a ejecutar, agita horizontalmente su sombrero, paseando sus miradas por toda la asamblea: despues, con paso firme y soberbio, marcha al enemigo: las cuadrillas excitan al animal con sus capas: Lucas hace revolotear su paño escarlata, sobre la que el toro se precipita ciegamente: un movimiento rápido le basta para evitar el empuje de la fiera. Este juego, que repite varias veces, excita hasta un grado inaudito la emocion general.

De repente, el toro toma la posicion que el matador desea; se detiene a algunos pasos enfrente de éste, levanta con sus piés nubes de polvo, baja la cabeza y pártela con todas sus fuerzas sobre el ligero paño. Ha llegado el gran momento: la concurrencia entera se levanta como un solo hombre; y sin terror, sin angustia, espía el golpe mortal con mirada embriagada. Este movimiento general, eléctrico, es uno de los espectáculos mas grandiosos que puedan ofrecerse a los ojos de un extranjero, y prueba hasta qué punto han pasado las *corridas* a la sangre y al temperamento del pueblo. Lucas permanece inmóvil, intrépido y arrogante, y como clavado por una hechicería: de repente blande su espada, apártase la *muletilla*, un relámpago argentino pasa con la rapidez del pensamiento entre los dos cuernos, el toro vacila y se postra en la arena. El entusiasmo de la muchedumbre no conoce ya limites: agitan re-

ciamente el aire los aplausos y los gritos. Yo me siento arrebatado; una embriaguez salvaje, indefinible, se apodera de mí: el drama sangriento me transporta; mis manos envian al bravo espada merecidos aplausos. El pasa triunfante por delante de los palcos, saluda a los mil y mil espectadores que lo contemplan: es el rey del momento: electrizó a la multitud. Por todas partes le arrojan, en señal de felicitaciones, sombreros que vuelve a lanzar con gracia a las galerías.

Lo observé todavía con mayor admiracion en las escenas siguientes. ¿Pero cómo el espacio de un cuarto de hora puede cambiar de esta manera los sentimientos de un hombre? ¡Al llegar, me sentia lleno de inquietud y de malestar, y ahora estoy lleno de entusiasmo!

La música militar tocó la muerte del toro; las mulas lo arrastraron fuera del circo con los caballos muertos. El pueblo prorumpió en nuevos gritos de alegría: el segundo toro aparecia en el circo, y la noble lucha volvía a empezar. El animal era ménos fuerte que el primero; el combate fué ménos sangriento. Un media espada, llamada José Carmona, jóven de notable hermosura, fué muy inferior a Lucas Blanco en el modo de introducir la espada: el primer golpe no hirió la espina dorsal y el toro no cayó. Trátase, pues, de sacar la lámina de la herida y herir de nuevo, y en esto fué feliz: el toro cayó; claváronle puntas aceradas en la espina, hasta que espiró a vista del público. Ya estaba yo animado de sentimientos del todo españoles, porque dejé pasar delante de mí, sin aplaudirlo, al matador que era un debutante.

Presentóse entónces el tercer toro, animal soberbio y vigoroso; su ancha frente ostentaba grandes cuernos agudos y afilados: sus piernas secas y nervudas eran cortas y robustas. Su furibunda entrada le valió desde luego los mas ruidosos aplausos. Yo seguía sus movimientos con interes imposible de expresar; no podía apartar mis ojos de la arena; las peripecias de la lucha me cautivaban poderosamente. ¡Qué estremecimiento en la asistencia cuando el toro llegó a colocarse furioso ante el picador: midiéndolo con una mirada de desafío, partió despues con toda su fuerza sobre el caballo y el jinete! Este momento es uno de los mas pasmosos y patéticos. Pero cuando el toro ha sumergido sus cuernos en los flan-

cos del caballo, de ordinario se retira, y no se encarniza sobre su víctima, de manera que el picador caído, está al abrigo de su furor. Las mas veces la herida del caballo es tan ancha, que se ven salir y colgar los intestinos sangrientos. Tiénese cuidado de cubrir los ojos de estas pobres bestias, porque la vista del toro podría espantarlos y hacerles dar saltos peligrosos. Una vez, en las corridas de hoy, el toro alcanzó al caballo por detrás, y en su rabia lo levantó dos veces. Pero el pueblo excitado, no conserva la misma paciencia, despiértase la naturaleza primitiva del hombre, sobreponese la pasión salvaje, y el descontento estalla por todas partes cuando el toro no hiere de muerte al caballo, cuando las fases del combate no son bastante sangrientas.

Esta vez fué tambien Lucas Blanco quien dió el golpe mortal; el aire repitió nuevas y entusiastas aclamaciones. Un caballo quedó muerto en el terreno; otro desbarrigado y desangrándose fué arrastrado por las mulas fuera del circo, bajo las risotadas de la multitud. El pueblo es de una barbarie horrible y de increíble crueldad. En semejantes momentos se puede ver qué fuego arde todavía en las venas españolas. Cuando un toro no manifiesta bastante coraje en el ataque, el pueblo silba, aulla, y trata de excitarlo agitando los pañuelos.

En el palco vecino al nuestro habia sentado un anciano de facciones nobles y acentuadas, de sombrero andaluz en la cabeza. Tomaba parte vivísima en el combate echándose adelante, interpelando a los matadores. Véase en él hasta qué punto el fanatismo por estas fiestas es vivaz en España, y cuán populares han quedado estos juegos sangrientos. Es que hay en el *torillo* un atractivo particular que no puede describirse: la emoción que excita el momento del peligro, arrastra en la corriente del entusiasmo a todas las almas con fuerza irresistible. Me contaban de un extranjero que se expresaba no hace mucho con excesiva dureza sobre el carácter bárbaro de estas fiestas: la delicadeza de sus sentimientos le hacia horrorizarse de lo que no veía. Un amigo que conocia por experiencia el atractivo poderoso de las *corridas*, lo decidió un día a ir a ver una. En presencia de esta noble lucha, sintióse tambien dominado por la dulce y salvaje embriaguez, y en su impaciencia por gozar de nuevo de este placer dramático, preguntó

a su amigo cuándo tendrían lugar las próximas corridas. En cuanto a mí, sentía vivamente que mi permanencia no fuese bastante larga, para permitirme volver a gozar aquellas sublimes impresiones.

El cuarto toro que mató tambien José Carmona, fué ménos interesante. Nos indignábamos cuando sus golpes no hacían brotar bastante sangre, o cuando retrocedía por un movimiento temeroso. Oíanse murmullos por todos lados, y los gritos de ¡perros! ¡perros! volaron de boca en boca. La multitud pedía los famosos *bouledogues*. Sentíamos ya el placer de ver a nuestro tímido campeón en lucha con estos nuevos adversarios, pero el voto del pueblo no fué oído. Gran número de perros perecen en este juego: y como la pérdida es soportada por el empresario, se comprende por qué este no quiso dar a la lucha esta forma interesante y nueva.

El quinto toro se lanza en saltos furiosos a la liza: ¡famoso cufate de él! [*ein ganzer Kerl!*] ¡Nuevos estremecimientos, nuevo entusiasmo! Las cuadrillas remolían a su rededor; el noble animal cae sobre ellas y se repiten los aplausos. Reconócese que una idea profunda, la glorificación de la fuerza y del ánimo viril, preside a estos juegos de los tiempos pasados, y que aun no han acabado completamente la antigua grandeza y el noble orgullo de la España. Léjos de contener a los combatientes en lo mas fuerte del peligro, la voz del pueblo excita a los picadores a un ataque mas vigoroso; es necesario hacer que el hierro penetre; es necesario herir al animal; el español no quiere misericordia.

En el curso del combate, el toro se mostró verdaderamente digno de la fiesta: sus golpes eran terribles, parecia tener conciencia de la potencia de sus armas, y justificaba con su noble valor los aplausos y los gritos de la concurrencia. Todas las miradas se dirigen a él en el circo. De una cornada hace bambolear un caballo. La concurrencia se levanta y vé llegar el momento del peligro: lanza gritos de alegría: presa de una agitación férvida, contempla la sangre que corre y las crueles heridas. Caballo y caballero vacilan. Otro picador es derribado con su montura. La escena es de un horror sublime, de horripilante belleza: el hombre y la bestia caen uno sobre otro; el caballo recibe el último golpe y muere. El pueblo delira: es uno de aquellos toros como les gusta a los es-

pañoles, que ellos saludan con aclamaciones entusiastas. Suenan las trompetas: los banderilleros se ciernen alrededor del animal furioso: brilla la llama; atruenan las detonaciones; las banderillas eran de fuego, para aumentar por todos los medios posibles la rabia del toro.

Nuevo toque de corneta se oye. Pero ¿cuál no es nuestra admiración? Lucas Blanco llega graciosamente al frente de nuestro palco, y al momento todas las miradas se dirigen a nosotros. El hábil espada me dirige con dignidad algunas palabras de cortesía y me anuncia que vá a dar el golpe fatal en honor mio. Una sensación indecible se apodera de mi corazón: toda la asamblea tenía los ojos fijos sobre mí; percibía los zumbidos de la atenta muchedumbre. No lo negaré: este homenaje nacional me lisonjeaba, y mi pensamiento recordó los bellos tiempos en que los Hapsburgos reinaban sobre este noble pueblo. Mi exaltación llegaba a su colmo: era yo en cierta manera el eje del espectáculo; el toro iba a ser inmolado en honor mio. Dijéronnos al oído que la costumbre en España era recompensar aquella hazaña con una bolsa de dinero. Preparé mis *Columnarias*. Lucas agita al momento la muletilla, y el toro furioso brinca a derecha é izquierda. De repente, aprovechándose de un momento favorable, la espada le introduce su arma entre los dos lomos, y la saca de la ancha lla-ga aplaudido por el pueblo. El animal vacila y cae. Con sonrisa triunfante avanza Blanco hácia nuestro palco, y en medio de la alegría del *tango americano* y de los aplausos de los espectadores, cae la pesada bolsa a sus piés.

Por feliz me tuve en poder dar esta recompensa al bravo espada. Lucas Blanco es pintoresco en sus menores movimientos; siempre tranquilo y arrogante, trata el combate como un juego. Durante la corrida uno de los toros lo persiguió; quiso refugiarse detrás de uno de los pequeños burladeros de madera, pero el animal se detuvo de súbito como petrificado; el matador también se detuvo, y sosteniéndose en un pié, apoyó tranquilamente el brazo izquierdo sobre el muro de planchas. Los pliegues de su capa le caían graciosamente sobre la cadera, y miraba á su adversario con una sonrisa de desden como si fuera un cordero.

La corrida sigue sin interrupción; pero cuando el matador ha

dado el golpe fatal, se retira detrás de uno de los burladeros, y deja a su cuadrilla que empeñe la partida.

El sexto toro, el último por desgracia nuestra, estaba en el circo: hermoso y vigoroso animal de color de oro. Todavía fué la lucha interesante. Un incidente principalmente cautivó a la reunión: el toro había alcanzado y derribado el caballo de un picador; éste yacía acostado bajo su montura en la arena; el animal enfurecido vuelve contra el caballo y le pasa sobre el cuerpo. El jinete parecía perdido; pero el toro, cegado por la rabia, se lanza por encima de él y el picador se salva. José, el matador principiante, abatió este toro; pero no sabe dar el golpe con la misma seguridad que Lucas.

La corrida había terminado. El pueblo afluyó a la arena y a las puertas de salida. Lleno de exaltación y de entusiasmo me separé de aquellos lugares cuyo recuerdo no se me borrará nunca; allí había pasado las horas más interesantes de mi viaje.

Si jamás estas líneas llegan a ser leídas en Austria, en un salón confortable, cerca de la humeante tetera, de las mantecadas y de las dulces tartas, ya veo la suerte que se me espera. La gente elegante que prefiere las pequeñas excursiones por el país natal a los grandes y peligrosos viajes; que abismada en la contemplación idílica en el bosque vecino, se extasia con los acentos del ruiseñor y el canto del grillo; esa gente elegante exclamará con arrebato de indignación y de horror: «¡el pobre jóven no se ha separado, pues, de nosotros, sino para hacerse bárbaro en tierra extranjera!» Pues bien: sin duda así se hablará de mí; pero yo me consolaré, y contestaré sonriendo: «¡pobrecitos de vosotros que no sabéis, que no podeis sentir lo que es una corrida, y qué energía de sentimientos, qué magnífico desarrollo de habilidad y de fuerza se manifiesta en esta solemnidad nacional!» Por lo que a mí toca, prefiero estas fiestas en que la naturaleza primitiva del hombre se presenta en toda su verdad, a las diversiones enervadoras é inmorales de nuestros países hundidos en el cenagal de la mollicie y del lujo. Aquí perecen en verdad los toros, pero allí el alma y el espíritu sucumben en la frivolidad sentimental en cuyo seno se pierde toda energía.

No trató de negarlo: me gustan los tiempos antiguos; no los del

último siglo, en que cubiertas de polvo y de afeite, en medio de insulsos y lánguidos idilios, caminaban las gentes arrullándose por floridos prados hácia el anchuroso abismo, no; sino los tiempos de nuestros antepasados, en que el espíritu caballeresco se robustecía en los torneos, cuando las mujeres eran fuertes, y no pedían un frasquito de olores ni fingían desvanecerse por una gota de sangre derramada, cuando se cazaba el jabalí y el oso en plena selva, y no como hoy tras de parapetos. Esos tiempos produjeron una raza enérgica. Y a nosotros, ¿qué nos queda de las diversiones viriles de nuestros padres?—¿La caza tal vez?—¡Ah! ¡ni aun la caza! Nos llamamos cazadores; pero en realidad no hacemos más que fusilar a distancia respetuosa, y en perfecta seguridad a los pobres animales domesticados. Lo único que subsiste es la guerra; la guerra que los esfuerzos durante treinta años de nuestros modernos filántropos no han logrado suprimir; y con ella han sobrevivido dos placeres queridos de dos naciones que la decadencia no ha atacado todavía. El primero es la caza del zorro en Inglaterra, en la que el hombre se expone a peligros verdaderamente dignos de él, y no le arredra ningún obstáculo para llegar a su fin. Por más que se diga que es vana cosa el poner la vida en peligro por un objeto insignificante, temo mucho que los que retroceden ante peligros inútiles no encuentren su valor en el momento que les sea necesario. El otro placer nacional es la *corrida* española, verdadera fiesta popular de los tiempos antiguos. Ella exalta, es verdad, las pasiones violentas y salvajes que hay en el fondo de la naturaleza humana; pero también desarrolla el valor y la energía. No faltará corazón para cosas más importantes al que se entusiasma en este espectáculo, ó por lo menos no lo enervará la mortal apatía. Existe aún en este pueblo un fiero y noble espíritu caballeresco; y sin embargo de los juegos sangrientos que sus padres les legaron, son piadosos y benéficos los españoles de nuestros días. Cada cosa tiene su carácter y el sello de su época; y la variedad en el mundo es el mayor encanto de la vida.

Largo tiempo pasé antes de poder descubrir el origen de las corridas de toros. ¿Provenía de los valientes ejercicios de los moros, ó de los nobles torneos de los caballeros cristianos? ¿O bien habrían nacido después de la mezcla de las dos razas? En Granada

es donde vine a hallar la respuesta a estas cuestiones. Nótase en esta magnífica ciudad una hermosa y vasta plaza rodeada de casas: un palacio adornado de columnas que hoy sirve de casa municipal, se distingue entre los demás edificios: desde él asistían los reyes moros a los ejercicios que dieron nacimiento a las corridas. Soltábanse en la plaza toros salvajes, y moros vigorosos y sin armas luchaban con ellos: aquello era más que un juego peligroso, era un verdadero combate. Débese a los conquistadores cristianos la forma actual de las corridas. Estas fiestas, andando los siglos, penetraron más y más en las costumbres populares, sin que haya logrado destruirlas como tantas otras tradiciones, ni aun la influencia de los filósofos, de los que se llaman propagadores de las luces, de aquellos lobos devoradores que se ocultan bajo pieles de ovejas, hienas feroces que hablan de filosofía; esta tradición ha echado raíces muy profundas, y florece más que nunca desde que Isabel II, con un espíritu de los más elevados de sabiduría de gobierno, asiste como reina a las corridas y las dirige con el movimiento de su pañuelo. Nuevos matadores se han formado, y el pueblo y los grandes hablan todavía con profundo sentimiento de la gran *espada* Montes, que murió el último otoño en Madrid, de resultas de una herida recibida en una corrida, y fué acompañado a su última morada por ochenta mil personas. Su muerte forma época en España, pues no son solo algunos admiradores aislados, sino la nación entera la que lleva luto por el regenerador de esta noble institución. Su retrato se vé por todas partes. Un general español me refería con entusiasmo, que Montes ejercía sobre el toro el imperio más absoluto; que cuando andaba en el circo, el toro lo seguía; que cuando se detenía, el animal se paraba delante de él, inmóvil y como petrificado. El mismo personaje a la cabeza de una sociedad ha hecho construir en una pequeña ciudad, que más tarde visitamos, un vasto edificio para las corridas: y notando con placer mi gusto pronunciado por estos juegos, me advirtió que en el mes de Diciembre próximo se presentaría ocasión de ver una admirable fiesta de este género. La alta nobleza de España quería celebrar con corridas el feliz alumbramiento de la reina, y los mismos hijos de los grandes debían figurar a caballo en la liza, e inmolar a los toros con sus espadas.

Así es como esta soberbia nacion celebra el nacimiento de un heredero real.

Es tal el amor a estas fiestas en el pueblo, que se priva en la semana del pan de cada día, a fin de poder el domingo, despues de haber pasado la mañana en oracion, consagrar su tarde a las emociones dramáticas de la corrida, y acopiar en ella materia de conversacion para la semana siguiente. Entre nosotros la clase de los trabajadores, gasta su salario en beber y en comer, para pasar todavía en la holganza y la embriaguez el lúnes. ¿Cuál de los dos es preferible? Júzguelo el lector.

En casi todas las ciudades de la Península hay *corridos*, principalmente en Julio y Agosto; es la época del año en que los toros son mas feroces. ¡Quiera mi suerte conducirme de nuevo a España en esta época, a fin de que estudie mas de cerca estos combates y el espíritu del pueblo que se manifiesta en ellos, y que goce, una vez mas, del embriagador entusiasmo, del noble regocijo, del interes palpitante que sentí en Sevilla! Este es mi voto mas ardiente, aun cuando me oyese llamar por labios sentimentales, *bárbaro, sanguinario, jóven desnaturalizado*: me contento con los gritos de alegría delirante que se escapan de los lindos labios españoles; y con los relámpagos aprobadores que despiden los mas bellos ojos de la Andalucía. En medio de la agitacion de las mantillas y del ruido de los abanicos, no puedo impedirme de exclamar: «¡Españoles, os envidio esta antigua fiesta!»

Al salir de la plaza, nos dirigimos a las Delicias situadas a corta distancia en las orillas del Guadalquivir. El día caía ya; pero numerosos coches de formas caprichosas y extraños colores, se cruzaban en todos sentidos en las sombrías avenidas. ¡Qué placer el de ver las vigorosas y hermosas mulas enganchadas a los carruajes! ¡Qué alborozo al oír el alegre sonido de los cascabeles, y al contemplar la *crème*¹ de Sevilla, de mantilla y velo de encaje con flores en la cabeza, manejando el abanico en las calesas como si aquel paseo fuese un salon! Y verdad que lo es, en la extension de la palabra. El ambiente era de una dulzura encantadora: el sol habia dejado de brillar en el firmamento, y la misteriosa luz

¹ En frances en el texto.

de la luna transfiguraba la tez delicada de las mujeres. ¿Qué mas necesitan las nobles españolas para presentarse en toda su seducción? Feliz el país donde la moda francesa no ha ahogado todavía el romanticismo, cuyas mujeres tienen bastante inteligencia para comprender que el mismo traje y el mismo peinado no convienen a todos los pueblos y a todos los rostros: que una griseta puede ponerse muchas cosas que no cuadrarian a la cara de la morena *manola*, y que en fin, esa cabeza morena graciosamente adornada con velo de blonda, puede, y no sin gloria, rivalizar tanto como una duquesa de Medina Celi, con todas las lionas del mundo! Pero volvamos a las Delicias, y considerémos un poco aquel caprichoso carruaje, aquel gran cupé tirado por dos soberbias mulas ricamente enjaezadas: lacayos y cocheros visten librea; el coche está guarnecido interiormente de encarnado, y en los cojines se sienta un anciano. Es el arzobispo de Sevilla. Es tan grande el amor de los españoles a la alameda, que el mismo viejo cardenal se pasea todavía, ya entrada la noche, en estos lugares para distraerse con el movimiento y la alegre agitacion del pueblo.

Sevilla, 15 de Setiembre de 1851.

Hoy fuimos en peregrinacion a la casa de Pilatos, a la casa donde Jesús fué azotado, y donde el procónsul presentó al Salvador al pueblo cegado, pronunciando el famoso *Ecce-Homo*: allí es donde intimidado por las vociferaciones furiosas del gentío, hizo traer una palangana para lavarse las manos de la sangre inocente; ceremonia que se ha imitado con frecuencia desde entónces, mas ó ménos a propósito. Pero, ¿cómo ha venido a Sevilla la casa de Pilatos! Preténdese que uno de los antepasados del duquecito de Medina Celi, de quien ayer hablaba, hizo ejecutar una copia fiel de ella, de regreso de una peregrinacion a la tierra santa; pero hay cosas que uno no se puede explicar: ó la casa de Pilatos en Jerusalem ha sido completamente reconstruida en el espacio de tiempo transcurrido entre la vida terrestre de Jesús y la peregrinacion del Duque, ó la morada en cuestion (habitada siempre por la familia) no es mas que un elegante edificio de fantasia, pues su estilo pertenece a la bella época morisca. Ligeros pórticos circundan

los patios: la escalera, que segun se dice subió nuestro Salvador, lo mismo que las piezas superiores, están cubiertas de azulejos con magníficos adornos, como los que todavía se ven en las estufas de nuestras antiguas mansiones señoriales. Fragmentos de estatuas arreglados bajo los arcos, que, se dice, vienen de la casa de Pilatos, son las únicas cosas que recuerdan, si bien de una manera poco lisonjera, la época de los emperadores romanos. Adorna esta casa muy célebre en España, un bonito jardin lleno de jazmines, de rosas y de naranjos, con un fresco emparrado, y una fuente de la que brotaban elegantes juegos de agua en tiempos mejores.

Siguiendo nuestro paseo, entramos en la famosa *Fábrica de cigarros*, que tiene las dimensiones y la belleza de un palacio. Esta fábrica es la mas curiosa de las que hay que visitar por menor; podemos seguir en ella la serie completa de las manipulaciones, desde la hoja en bruto que llega de América, hasta las cajas embaladas para los diversos países de Europa, hasta las cajetillas de *cigarrillos de papel* destinadas a la España, y las cajas de hoja de lata selladas en que se vende el excelente tabaco de Sevilla. Ocupanse en ella diariamente cuatro mil mujeres y niñas. Lo mas interesante que hay que observar en este establecimiento, es la actividad maravillosa, el cuchicheo confuso y la charla incesante de aquel numeroso ejército femenino, y al mismo tiempo el orden ejemplar que reina en las galerías.

Las obreras están sentadas en grandes mesas, con un paquete de hojas de tabaco por delante. Despues de haberse untado los dedos con agua de goma, ponen un cierto número de hojas en rollo, envuelven el rollo en otra hoja pequeña, y lo cortan por un lado con grandes tijeras: en un abrir y cerrar de ojos está hecho el puro. Estas trabajadoras son pagadas por tarea. Los cigarros se hacen de tabaco desmenuzado, que se introduce por medio de un embudito en tubitos de papel confeccionados en la fábrica: en seguida, una especie de presidenta los pesa en cada mesa. Todo esto se efectúa con una rapidez increíble, con animacion y con gracia, y en medio de las mas alegres conversaciones. No sucede aquí como en nuestros talleres en que el hombre se embrutece y se degrada: la vida y la salud reinan en esta fábrica, en la que todos parecen trabajar con gusto.

Noté pocas caras verdaderamente bonitas entre aquellas cuatro mil mujeres que todas tenían flores en la cabeza a la usanza del país: muchas tienen gracia en los movimientos, muchas otras tienen fisonomías muy coquetas; pero todas observan una disciplina muy militar. Mantienen el orden gruesas dueñas bastante ridículas, que, semejantes a los generales acostumbrados a la victoria, recorren las filas con fiereza, y pasan revista a sus tropas. Algunas negras, hijas de la *Triana*, de la raza famosa de los gitanos, confundidas entre sus hermanas gótico-morisca, hubieran podido referirnos mas de una aventura de amor y de puñal. Un Eugenio Sue hallaría en la vida de esta multitud de criaturas femeninas, en la historia de sus sufrimientos y de sus alegrías, materia para una novela en cien volúmenes, y los misterios de la fábrica de tabacos de Sevilla podrían figurar dignamente al lado de los *Misterios de Paris*.

La preparacion del tabaco para polvos, está abandonada a los hombres y a las mulas: picado y aprensado este tabaco, se le pone despues a macerar; despide un aroma picante que tiene el perfume español elevado a su mas alta potencia. En las piezas del piso bajo se prepara el regalo de los sibaritas, el precioso *rapé* de Sevilla, *el polvo sevillano*, polvo impalpable, penetrante, que encerrado despues en tabaqueras de oro adornadas de diamantes, da a nuestros diplomáticos, a nuestros doctores y a nuestros sabios, su sabiduría y su gravedad incomparables, y pasa por el primer símbolo de armonía en las negociaciones importantes.

Al salir de este inmenso edificio, que se tomaria por el palacio de un rey, nos dirigimos al interior de la ciudad. Cerca de la catedral se halla la *Lonja*, movimiento verdaderamente digno del célebre Herrera, que construyó el Escorial, octava maravilla del mundo. Por una escalera gigantesca se llega a las salas enlosadas todas de mármol, en donde se hallan los famosos archivos de la antigua compañía de las Indias. Véanse todavía en ellas, en una pieza aparte, algunas cartas de Hernan Cortés al rey, tan interesantes por el nombre del escritor, como por su estilo lleno de respeto. Nos mostraron el signo que Pizarro, que no sabia escribir, empleaba a guisa de firma, y el testamento del piloto que hizo con Colon el descubrimiento de América. Son monumentos venerables

de un tiempo mejor para la pobre España. ¡Cuán precioso puede llegar a ser para un pueblo entero, un simple pedazo de papel hecho de trapo viejo! Cuenta en el número de sus mas hermosos trofeos, cuando un hombre cuyo nombre está inscrito en la historia, ó que solo ha sido testigo de una grande época, de ella ha dejado en él algunas líneas de su mano! En presencia de semejantes objetos, casi siente uno que el robo sea un crimen. Las paredes de esta sala están adornadas con retratos de los últimos soberanos, entre los que noté los de Fernando VII y de su hija Isabel.

La inocente Isabel es seguramente uno de los seres que el destino ha tratado de la manera mas caprichosa. Presa desde su mas tierna edad del combate de terribles pasiones, creció sin principios en medio de las sediciones, y ha debido formarse a sí misma sus principios; hija del destino, recibió en dote los mas diversos talentos, y ha sabido granjearse el amor de sus súbditos por una gran bondad de corazon y por un natural amable y simpático.

En esta lonja magnífica, que nos dá por su noble y rica arquitectura una idea de lo que era la España cuando el oro de las colonias le llegaba por el Océano, hállase una escalera de piedra en espiral, obra maestra de elegancia y valentia del mismo Herrera..... Ya no está allí el duque de Alba, aquel espectro ensangrentado, aquel espantajo blandiendo cadenas (para emplear el lenguaje de nuestros *espíritus fuertes* modernos, de nuestros soñadores humanitarios); el duque de Alba con su inquisicion suspicaz y cruel, no existe ya allí; pero véñse todavía los olorosos naranjos a cuya sombra el feroz verdugo de Felipe II, se paseaba meditando sus negros proyectos: sus soberbias copas de verdura subsisten despues de 300 años. Maravilloso espécimen de la frondosa vegetacion del medio dia, estos árboles no son mutilados al estilo italiano ó a la moda de nuestras naranjerías; su ramaje libre y vigoroso, cargado de frutas y flores, esparce espesa sombra y suave perfume; su aspecto es verdaderamente encantador, y siempre jóven su belleza a pesar de su edad.

El amo del cruel Alba, el sombrío y sanguinario Felipe II, era estimado por el pueblo que veía en él un hombre y un español, es al ménos lo que me aseguró el príncipe de Montpensier que sin embargo desciende de los Borbones. Por mas odio que se profese

al duque de Alba, no puede uno prescindir de admirar sus naranjales, y de conceder a este terrible personaje el haber hecho de ellos un pacífico y encantador circuito para su casa morisca.

La academia de Sevilla que ocupa, si no me engaño, un antiguo convento, posée un verdadero tesoro, una coleccion de Murillos. Estos cuadros, bastante descuidados, cuya mayor parte ni aun tienen marcos, adornan las paredes de una gran sala que era probablemente el antiguo refectorio. Murillo es el pintor de la inspiracion espontánea, el pintor del entusiasmo; pero su exaltacion va seguida con frecuencia de decaimiento y languidez.

El hombre puede elevarse hasta los cielos en alas de su espíritu inmortal; pero como no es dado a todos el poderse mantener a esa sublime altura, vuélvese a caer a la tierra, para no elevarse sino despues de haber recobrado nuevas fuerzas. Tal sucede a Murillo. Fuego celeste anima con frecuencia sus obras; pero tambien con frecuencia solo las ilumina la luz terrestre: sin embargo, en sus horas felices es encantador; logra entónces dar a las formas que toma de la realidad, una ideal que lo eleva al rango de los grandes artistas, y le asegura un lugar entre los primeros.

Él ha hecho cuadros de una naturalidad deliciosa. Uno de ellos vi allí entre otros, que me extasió: es el de la Virgen depositando al Niño Jesus en brazos de *San Felia*, en recompensa de su piedad. La Virgen desciende de las nubes, y cual tierna flor se inclina a orillas de un claro estanque. ¡Qué gracia y qué dulzura en su porte! ¡Qué encanto y qué bondad en su mirada! Ninguna pluma podria describirlo. Y sin embargo, no es mas que una tierna niña de maravillosa belleza, un ángel puro de luz; pero no es la Madre de Dios, la Virgen fuerte é inmortal cual nos la muestra Rafael en la Madona de San Sixto. La tierna jóven de las nubes de Murillo no puede haber concebido al Salvador del mundo. Los que aman a Murillo y los que en general gustan de las bellas artes, deberán leer las *Cartas sobre España* de la condesa Hahn-Hahn. No soy tan entusiasta del gran maestro como la noble viajera; pero confieso que pocas personas saben describir como ella, y poseen en tal grado el don de comprension poética y la riqueza del lenguaje. Cuando se ha visto a España, se lee con admiracion esta obra en que la condesa Ida, con gracioso abandono, siem-

bra los mas brillantes y hermosos pensamientos como otras tantas perlas en un tapiz de terciopelo.

Quería guardar mi incógnito en Sevilla; pero el duque de Montpensier que me habia descubierto, me envió a su chambelan. Me fué pues preciso, a pesar de la precaucion que habia tomado de dejar a bordo mi uniforme, hacer una visita al castillo de San Telmo. Léjos estuve de arrepentirme despues, porque esta visita me dió a conocer nuevas maravillas. Un magnifico carruaje con asiento escarlata y lacayos engalonados, vino a buscarnos a nuestra fonda para conducirnos al palacio del príncipe. La guardia salió y presentó las armas: abriéronse soberbias rejas flordelisadas y pasamos por una puerta ricamente esculpida: anunciémos un suizo golpeando con su alabarda en las losas de mármol, y fuimos guiados por un chambelan que esperaba en la portada, a una vasta escalera cuyas paredes están cubiertas de cuadros.

En el peldaño mas alto, se adelantó hácia mí un jóven alto y rubio, sin uniforme, que llevaba en el cuello el toison de oro y el cordon azul de una gran cruz española: era el duque mismo que venia a recibirme en su mágico palacio. Atravesando dos suntuosas piezas llegamos a un tercer salon deslumbrante de oro y colores. Hallábase allí una mujer hermosa, de aire de princesa, de seductora mirada española tan llena de promesas, sombría y profunda como la eternidad: una tez mate, trasparente como el marfil, daba brillo a sus facciones de una regularidad antigua; su rostro puro era como una rosa pálida, colocada en las olas undosas de una cabellera de ébano. Era la bella duquesa, de diez y nueve años, segunda hija de la reina Cristina, imágen viviente de la gracia y de la seducción españolas. Cerca de ella estaba una jóven infanta, retrato en miniatura de su abuela francesa.

Despues de una corta conversacion, me levanté para despedirme. El duque me enseñó en un gran salon decorado con retratos de familia, su coleccion de curiosidades, entre las que noté los magnificos presentes que le ofrecieron los príncipes musulmanes en su viaje a Oriente, y un laúd de la reina Isabel, piadosa esposa de Fernando el Católico. El duque me invitó a comer para aquel mismo dia. Recibíome en su hermosa biblioteca del piso bajo; vi en ella el retrato de Felipe III, el fundador de San Tel-

mo (que en otro tiempo era escuela de marina) y el del ex-rey de los franceses. Montpensier me condujo en seguida a una capilla de dorados refulgentes, y de allí a un parque inmenso que es todo obra suya.

Este parque es una maravillosa hechicería creada como por encanto en el espacio de dos años. Cerca de un bosque de naranjos de espesa sombra, ha prosperado la vid en aquel generoso suelo. En el seno de aquel rico verdor, rodea un estanque graciosa isla que contiene plantas de todos los países del orbe; un kiosco morisco, de elegante perfil, corona la isla, y una barquilla boga en las aguas límpidas surcadas por hermoso par de cisnes. Mas allá, en los vastos espacios del jardin, se levantan pajareras pobladas de papagayos y pajaritos de las islas, de formas delicadas y brillantes colores, aclimatados bajo el dulce cielo de Sevilla. Tambien me mostraron una pequeña alquería con vacas suizas de especie que me era desconocida: algo les falta; pero es un defecto tranquilizador, y es que no tienen cuernos.

Una colina artificial y en ella una ermita existen en el lugar histórico en que la inquisicion levantaba sus hogueras. En un monton de tierra se ven algunos ladrillos que conservan aún vestigios del terrible suplicio, y allí mismo fué quemada viva, apenas hará cincuenta años, una visionaria, una *beata*. Así cambian los tiempos: en el mismo lugar donde, medio siglo ántes de nosotros, perecian a la vista de la espantada multitud, las desgraciadas víctimas de un fanatismo sanguinario, se levanta hoy una verde colina; y cuando subís a ella para admirar la perspectiva, os enseñan ingenuamente, como una de las curiosidades mas interesantes del jardin, los restos de la terrible hoguera, y os refieren con gran admiracion vuestra, que una hija de los reyes españoles ha escogido aquel teatro de los autos de fe, para establecer su parque encantado.

La principal gala de aquellos lugares, son las plantas tropicales de exuberantes formas, que prenden maravillosamente en plena tierra, y cual seres de naturaleza superior se lanzan por encima de las plantas vulgares de la Europa. Hállase allí, al lado de una poética palmera, cuya cima majestuosa se mece en el aire, el humilde y útil bambú; y del centro de aquella maravillosa vegeta-

ción de todos los países del globo, se desprende el magnífico palacio resplandeciente de oro y vivos colores, respirando voluptuosidad, cual diadema oriental sobre corona de flores tropicales. Largo terrado, cubierto de jarrones y plantas exóticas, lo une al jardín: en él volvimos a hallar sentada con sus hijos, a la duquesa apenas repuesta de sus días de cama. Es tan benigno el clima de Sevilla, que permite a las mujeres pasearse con la cabeza descubierta desde el noveno día después del alumbramiento. Es lo que hacia la hermosa dueña vestida de traje muaré amarillo sembrado de flores de rojo vivísimo.

Acercábanse las primeras horas de la noche y su dulce frescura. El sol había desaparecido, y llenaba el aire aquella vaporosa claridad que solo existe en las regiones meridionales. Dibujaban las palmeras sus cimas en contornos más acentuados sobre el pálido crepúsculo que empezaba a dejar ver la luz temblorosa de las estrellas: las flores exhalaban sus más suaves perfumes; tibios soplos nos venían de las orillas del Guadalquivir, y parecía que la naturaleza se esmeraba para rodearnos de romántica poesía la comida esperada.

El terrado nos condujo a un magnífico salón, donde murmuraban varios chorritos de agua alrededor de una columna de mármol: de allí pasamos al comedor deslumbrante de claridad. Sentámonos a una mesa suntuosamente servida, cubierta de plata labrada y flores: en una de las paredes brillaba el retrato de la duquesa en traje andaluz, deliciosa pintura de un artista parisiense. Las entreabiertas puertas del terrado dejaban llegar, con el fresco de la tarde, las alegres melodías españolas ejecutadas por una música militar, mientras que nuestros paladares gustaban voluptuosamente de los exquisitos platos de una comida francesa. Todo parecía contribuir a la hechicería de aquella tarde pasada en San Telmo: el recuerdo que me dejó, quedará por siempre grabado en mi corazón.

En un viaje, las vistas y los colores cambian incesantemente, y presentan a nuestras miradas imágenes siempre nuevas. Esperábamos en nuestra fonda un interesante espectáculo, preparado por la atención de mi fiel amigo el capitán de la fragata. Algunas parejas de bailarines iban a ejecutar, en presencia nuestra, las famosas danzas nacionales.

Esbeltas jóvenes de chispeantes ojos, y hermosos jóvenes de elegante porte entraron con dignidad del todo española en el comedor del hotel. Diré, entre paréntesis, que las blanqueadas paredes de esta sala, bastante mal iluminada, estaban cubiertas de numerosas copias de Murillo, dispuestas para ser vendidas por originales a los crédulos hijos de Albion. Tendíme, cual voluptuoso sultán, en un duro canapé, para saborear a mis anchas los *cigarrillos de papel*, y distraer mi vista con el halagüeño espectáculo que se preparaba. Con autorización mía participaron al principio de este placer un cónsul ruso y sus dos hermanas, gravemente entonadas en su rigidez de solteronas; pero a poco huyeron por los movimientos algo aventurados de una linda bailarina de diez y siete años.

Sonó la guitarra; las manecillas jugaron las castañuelas, y empezó el baile en rico traje español. No conoce a España quien no la ha visto en las corridas de toros y en las danzas nacionales. Si en la corrida el hombre despliega agilidad, fuerza y valor;—el baile embriagador, es el triunfo de la gracia natural, de la noble fiereza de las fogosas andaluzas. No son los pies lo más notable en estas bailarinas; más el busto opulento y voluptuoso, no por eso se muestra menos elástico y flexible: los balances, las inflexiones del talle, las posturas en que el cuerpo se echa atrás, son de una dulzura seductora, y a la vez de una nobleza cumplida . . . es la pasión que se impone. Hay un efecto singularmente bello, y es cuando de repente se acercan las parejas con aquella mirada de amor tan penetrante que acompaña a esta figura: inclínanse rápidamente las cabezas, enderezándose con un movimiento súbito y revoltoso.

La noble y erguida cabeza se mueve soberbiamente sobre un cuello libre: los ojos negros y ardientes lanzan relámpagos; las facciones de una regularidad antigua son graves, y, sin embargo, seductoras. Enlázanse los brazos con elegancia, y las bonitas manos tocan con las castañetas aturdidor compás que cubre el sonido de la música. Cuando toda la compañía hace resonar en sus manos con ardorosa alegría este pequeño instrumento, os sentís arrebatado; os electrizaís como con todo lo que es nacional.

Varias de estas danzas fueron acompañadas de canto: preten-

der que esté sea hermoso y melódioso, sería seguramente un exceso de entusiasmo; pues aunque se escape de lindos labios andaluces, esta melodía no deja de ser un gangueo bárbaro cuyo origen es árabe como tuve ocasion de observarlo con el tiempo.

Hemos visto que el toreador lleva sobre una chaqueta de color claro, bordados de oro y plata: tambien los bailarines y bailarinas tienen vestidos ricamente recamados. El corpiño de las mujeres es de distinto color que la basquiña guarnecida casi siempre de elegantes encajes. Las jóvenes usan en el pelo cintas y flores: largos prendedores atraviesan su castaña contenida por un peine coquetamente ladeado. El conjunto del traje es rico, pintoresco y romántico. Una joven bailarina de diez y siete años, supo atraer nuestra atención por su porte gracioso y su aire travieso, bien que tambien la atraía una de sus compañeras alta, nada bonita, pero bailadora consumada, Doña Amparo, hija del campanero de la Giralda. La primera, aunque muy penetrada de las gracias de su persona, no dejaba de ser un natural sencillo: la otra me hacia el efecto de una coqueta haciendo alarde de su arte, plenamente satisfecha y segura de su victoria. Nuestro excelente doctor se puso a cortejarla de la manera mas divertida, y sin poderle decir una palabra en su lengua nativa, emprendió con ella una conversacion española, en la que Doña Amparo se dió aires de gran señora. La hija de Talía, no sin resistirse al principio, se dejó decidir a fumar, y despues de haber absorbido algunas bocanadas del cigarrillo, lo pasó a uno de nuestros caballeros, que debió continuarlo segun la costumbre española, porque es gran favor el que aquí os hace una mujer ofreciéndoo el cigarro de que ha gustado ya ó la copa de Jerez en que ha bebido.

Hé aquí los nombres de los bailes que fueron ejecutados por una ó varias parejas: *Sevillana*. — *Jaleo de Jerez*. — *Bolero* y *Cachucha*. — *Baile de Panderete*. — *Bolero*. — *Mijares*, danza saltada acompañada de un canto horrible. — *Zapateado*, igualmente muy vivo y acompañado de canto. — *Ole*. — *Bolero*. — *Jota*. Cuando la música dió la señal de la undécima danza, reconocí con admiracion un aire de mi país natal; pero mayor fué mi sorpresa, cuando ví a Amparo ejecutar una *ländler* pretensiosa: y no dejó de lisonjear nuestro amor propio nacional que el último paso fuese una *alemana*.

Sevilla, 16 de Setiembre de 1851.

Hoy conduje a mi amigo K. . . . que llegó ayer, al monumento que forma el orgullo de Sevilla, a la magnífica catedral. Un sacerdote muy amable, estropeando así así el frances, nos mostró el tesoro de la iglesia que es de los mas curiosos. Noté principalmente la llave que los moros entregaron a San Fernando cuando la toma de Sevilla, con una divisa profética en honor del rey cristiano: una cruz hecha con el primer oro que llegó de América, los hermosos candelabros y adornos de plata maciza que decoran en las grandes fiestas el Santo Sepulcro y el altar mayor.

Dícese que las ceremonias de la Semana Santa son mucho mas suntuosas en Sevilla que en Roma. Entre otras cosas hay las procesiones de las diversas cofradías y de los penitentes cubiertos. El Sábado Santo, en el momento del *gloria*, los negros velos de la nave caen a una señal dada, y el ruido de los cohetes en el interior de la catedral, anuncia la alegría de los fieles que celebran la resurreccion del Salvador. En la fiesta del Córpus, niños disfrazados ejecutan bailes nacionales en la casa de Dios. Este uso, que nos parece tan extraño, lo halla natural y aun edificante el habitante de Sevilla; y es que todo en este mundo está gobernado por el hábito, que varía segun los países. La humanidad ha sido y es regida por impresiones que se han convertido en hábitos, y ¡desgraciado del que los combate! Será casi infaliblemente víctima de su loca empresa, pues nada hay mas dulce para el hombre que el hábito. Atacarlo es por lo tanto obra ingrata, que solo podrá aprovechar a las generaciones futuras, porque para estas, las impresiones nuevas se convierten a su vez en hábitos.

Cádiz, 17 de Setiembre de 1851.

No quise separarme de Sevilla sin cumplir con el deber sagrado de oír una misa en el sepulcro de mi patron, el santo rey Fernando: verificóse el acto piadoso con solemnidad a eso de las seis al nacer el dia. Silencio religioso reinaba en la capilla iluminada por la luz de los cirios y por la primera claridad del crepúscu-

lo. Resplandecía el sepulcro del santo rey con el brillo de la plata entre augustos sarcófagos, y al pié del sepulcro el oficiante, asistido de varios eclesiásticos, ofrecía al cielo el mas sublime de los sacrificios. Sobre las gradas del altar se arrodillaba humildemente un viajero, un descendiente de este gran santo. Sentíme completamente trasportado, é invoqué para mi familia ausente la intervencion de aquel que supo unir a las hazañas de la espada, el fervor de la oracion. Esta misa de la mañana, oída en una capilla de la gran catedral, cerca del sepulcro de Fernando, quedará siempre en mi memoria como un noble y fortalecedor recuerdo.

De ahí nos dirigimos a la orilla del rio para embarcarnos en el vapor «San Telmo,» y fué necesario decir: ¡Adios, Sevilla! El buque humea y pártese; el encantado palacio de San Telmo desaparece detrás de los árboles de las Delicias; el rio forma un codo, y sobre las verdes llanuras no se percibe ya mas que la imponente catedral, con su poética giralda que se lanza majestuosamente al cielo. Algunos instantes más, otra vuelta, y Sevilla con sus palacios moriscos, sus bosques de naranjos, sus seductoras mujeres, y sus corridas de toros, solo será un dulce sueño desvanecido! Pero este sueño conservará en mi memoria una frescura y una juventud eternas.

CAPÍTULO CUARTO

GRANADA Y LOS MOROS

20 de Setiembre de 1851.

Por la mañana nos encontramos enfrente de la roca monstruosa que se levanta como un Titan gigantesco sobre el Océano y el Mediterráneo: de cada parte que se la contempla, presenta a la vista un aspecto siempre nuevo. Gibraltar tiene el poder de atraccion, a la vez seductor y horrible, que no deja nunca de ejercer la grandeza destructora. Lo que excede de las proporciones ordinarias de la naturaleza y de la vida de todos los dias, subyuga el corazón del hombre y le atrae con una fuerza magnética, como las olas espumosas de un remolino. En la grandeza destructora residen la hermosura y el atractivo de Gibraltar; esa roca gigante, calva, desnuda y calcinada por los rayos del sol. La ciudad nada tiene de grandioso, sus casas están limpias y bien conservadas, pero son pequeñas é insignificantes; todo tiene un carácter de pequeñez y de comodidades de aldea; es un lugar de guarnicion con su sello militar y prosaico, de donde el espíritu práctico y frio de Inglaterra ha desterrado el romanticismo hispano-morisco. Son las costumbres de la casaca roja trasplantadas en el suelo ardiente del Mediodía. Para el comercio Gibraltar es una estacion muy segura, pero que todos atraviesan, sin permanecer en ella.

La gran plaza de armas, entre el parque y la ciudad, está adornada con soberbios árboles que merecen admirablemente su nombre español de *sombra*. Por el contrario el parque, que se extiende